

Anterior en: <https://ideaswaldorf.com/7-espartaco/>

8. JULIO CÉSAR

<https://ideaswaldorf.com/8-julio-cesar/>

6°

En la antigua India los cinco hijos de Pandú, Yudishtira y sus hermanos, recobraron su reino después de un gran esfuerzo, pero se preocupaban tan poco del poder terrenal, que lo dejaron todo para irse, como peregrinos pobres, en busca del Portal del Cielo, arriba en las altas montañas del Himalaya.

Eso ocurrió hace miles de años en la cultura proto-India.

Cuando llegamos a Roma, las cosas cambian, a los seres humanos ya les gusta el poder en la Tierra. Desde los comienzos de Roma, cuando Rómulo construyó el muro de la nueva ciudad, no quiso repartir su reino con su hermano gemelo Remo. Se preocupó en ser elegido único rey de Roma, y cuando Remo se estaba mofando del muro bajo que habían comenzado a construir, Rómulo mató a su propio hermano.

Desde el comienzo de Roma hubo una disputa por el poder. La ciudad de las siete colinas quería el poder sobre las demás naciones. Conquistó Italia, Cartago y Grecia. Pero, entre los mismos romanos había una constante lucha por el poder.

¿Quién iba a ser el dueño de la poderosa Roma?

Ya vimos que Mario, el plebeyo rudo y poco educado, hizo que los senadores lo eligieran cónsul siete veces. El cónsul enemigo, Sila, el general que había conquistado Grecia, llegó a ser dueño de Roma. Cuando Sila ya no estuvo satisfecho con ser solamente cónsul, forzó a los senadores a que lo nombraran dictador. Podríamos preguntarnos ¿para qué se molestó Sila en recurrir a los senadores? Seguramente podría haberse adueñado de Roma por sí mismo con un ejército poderoso que tenía de su lado, sin tener en cuenta a los viejos senadores. Pero los romanos eran fanáticos de las leyes, todo tenía que hacerse según las leyes. La ley decía que sólo los senadores podían designar un dictador. Y Sila, siendo romano, quería ser dueño de Roma legalmente.

Eso eran los verdaderos romanos: podías lograr todo lo que quisieras (si eras poderoso, pero tenías que asegurarte de que todo estaba hecho de acuerdo a la antigua ley. Así llegó Sila a ser dictador, es decir, que ostentaba el poder sobre la vida y la muerte de cualquier romano. Podía ordenar la ejecución de cualquier persona, y había que hacerlo sin cuestionamiento alguno. Sila usaba su poder y cualquiera que se descuidara, que dijera públicamente algo que no le gustase al dictador, o le desobedeciese, aunque fuera en algo poco importante, era ejecutado.

En aquellos tiempos vivía en Roma un hombre joven, un patricio de familia noble, descendiente de Rómulo, el primer rey de Roma. Ese patricio se enamoró de una joven que tenía una sola falta: era plebeya.

El dictador Sila había prohibido los matrimonios entre patricios y plebeyos. Pero el joven amaba a la muchacha, y se casó con ella.

Sila estaba furioso, hizo llamar al joven patricio y le dijo:

—*“Te doy tiempo hasta mañana para separarte de esta mujer plebeya. Si no lo haces, morirás”.*

El joven no sólo estaba enamorado de la mujer, sino que era también orgulloso, y sintió herido su orgullo al recibir esa amenaza. Cuando Sila le dejó ir para arreglar su divorcio, huyó con su mujer a los montes salvajes Sabinos —parte de los Apeninos— donde los soldados de Sila no podían encontrarlos.

Sila estaba indignado de que alguien tratara de desobedecerle, pero los soldados no encontraron al joven.

Senadores y patricios, y los parientes del joven suplicaron a Sila, que acabó cediendo y perdonó al joven.

El joven patricio que se había atrevido a desobedecer al poderoso dictador Sila fue más tarde el más famoso entre los romanos, el hombre más grande en la historia de Roma. Su nombre era Cayo **Julio César**.

Cuando Sila hubo perdonado a Julio César, éste podía volver a Roma, pero sentía que Sila podía cambiar de opinión en cualquier momento y castigarlo. Era más prudente mantenerse lejos de Roma y de Sila.

De ese modo Julio César decidió viajar por el Mediterráneo a Grecia, para quedarse allí un tiempo, mientras su mujer vivía en Roma.

En aquellos tiempos el mar Mediterráneo no era seguro para los viajeros: había piratas por todas partes que atacaban a los barcos, tomando como rehenes a los pasajeros ricos, y sólo los liberaban a cambio del pago de una gran suma por rescate. La mala suerte hizo que el barco en el que navegaba Julio César fuera asaltado por unos piratas.

Llegaron a bordo y fácilmente se dieron cuenta de que ese joven, con toga fina y atendido por lo de sus esclavos, era justo el tipo de rehén que ellos buscaban.

Julio César tuvo que trasladarse a bordo del barco pirata, le permitieron quedarse con dos de sus esclavos, mientras los otros recibían la orden de navegar de vuelta a Roma, para recoger el dinero del rescate entre los familiares de Julio César. Cuando el dinero llegara, Julio César sería liberado, si no, lo matarían.

Julio César escuchaba atentamente y preguntó:

—“¿Cuánto dinero de rescate piden por mí?”

El capitán de los piratas le dijo:

—“Tu valdrás veinte talentos”.

Enojado, Julio César gritó:

—“¿Qué?” “¿Veinte talentos por un hombre como yo, miembro de una familia que llega hasta Rómulo?”

“¡Yo valgo por lo menos 50 talentos!”

El pirata contestó sorprendido:

—“¡Muy bien! ¡Entonces pediremos cincuenta talentos!”

Julio César prosiguió:

—“Déjenme contarles algo más. Ustedes son hombres malvados que no llegarán a disfrutar del dinero de mi rescate por mucho tiempo. En cuanto yo esté libre reuniré a un grupo de hombres y un barco e iré a por ustedes, cada uno de vosotros caerá bajo mi espada”.

***Cayo Julio César**: Cayo es el nombre; Julio, el apellido; y César, la rama familiar a la que se pertenecía. A causa de sus logros militares, César o Julio César pasó a ser un título dado otros gobernantes. [n. del pr.]

El capitán de los piratas miraba a aquel romano elegante y se reía a carcajadas diciendo:

—*“Puedes intentarlo, pero primero espera a que tengamos el dinero”*.

Los piratas llevaron a Julio César a una pequeña isla en el Mediterráneo que era su guarida y cuartel general, y lo dejaron allí como su prisionero. Durante ese período de espera Julio César hizo todo lo posible para importunar a sus captores.

Cuando practicaban con sus armas les decía que eran una banda de torpes. Los piratas se limitaban a reírse de él.

A medida que pasaba el tiempo, Julio César componía versos, poesías muy largas, y pedía a los piratas que se sentasen para escuchar sus poemas. Al principio, los piratas lo escuchaban, para divertirse. Pero pronto se aburrieron. No estaban interesados en poetas, preferían jugar a los dados, o emborracharse, y así se lo hicieron saber.

Julio César se enfadó con ellos y les respondió:

—*“¿Qué? ¿No os gustan mis poemas? Había pensado dejarles con su miserable vida cuando les capturara, pero después de esto, os mataré uno a uno”*.

Que un hombre que escribía poesía les amenazara de este modo les parecía tan chistoso a los piratas que se partían de risa.

Pocas semanas después llegaron los esclavos con los cincuenta talentos del rescate, y los piratas liberaron a Julio César, riéndose todavía de sus amenazas. Pero Julio César no fue lejos. Llegó a la siguiente isla griega. Reunió a todos los hombres de la isla, les prometió dinero de recompensa si le ayudaban a atacar a los piratas, y pronto tuvo un buen grupo de hombres y un barco a su disposición.

Bajo su mando navegaron a la isla donde había estado como prisionero. Los piratas aún estaban celebrando el éxito, bebiendo y comiendo. Fueron tomados completamente por sorpresa, y, tal como había dicho Julio César, todos fueron pasados por las armas y sus posesiones fueron divididas entre los hombres que habían luchado con él.

Poder

En la antigua India los hombres no añoraban el poder. Cuando los hindúes pensaban en sus dioses, los amaban y veneraban su sabiduría. Que los dioses fueran también poderosos no significaba tanto para la gente de esa primera cultura india.

Los hombres santos de la India trataban de convertirse en sabios. Cuanto más sabio era un hombre tanto más cerca estaba de los dioses.

Más tarde, en la cultura proto-persa, Ahura Mazda era el Dios de la bondad y la verdad. El gran hombre de Persia enseñó a su gente que ser bueno y verdadero acercaba a las personas a su Dios, el dios del sol brillante, Ahura Mazda.

Los hindúes consideraban que la sabiduría hacía a los hombres más parecidos a los dioses. Los persas, en cambio, pensaban que ser buenos y verdaderos les hacía parecerse más a Ahura Mazda.

Pero en la época romana la gente ya no tenía ese sentimiento por la sabiduría en el mundo, ni tampoco por todo lo bueno en el mundo, ya sólo pensaban en sus dioses como

seres poderosos. Cuanto más poder pudiera adquirir un hombre para sí mismo, más se parecía a un dios. Por eso los romanos tenían esa ansia de poder, no el anhelo por la sabiduría ni por la bondad, sino: *“cuanto más poder tenga más me pareceré a un dios”*.

Sila, el cruel dictador, disfrutaba siendo el hombre más poderoso del Imperio Romano, que se había ya tragado Italia, España, Grecia y parte del norte de África. Disfrutaba con la sensación de miedo que le tenía la gente, que temblaba frente a él. Pero a medida que crecía, la tarea de gobernar ese reino tan grande era ya demasiado difícil. Así que, siendo anciano, renunció a la dictadura y pasó sus últimos años como un ciudadano privado, viviendo en gran lujo y comodidad.

La gente de Roma suspiró con alivio cuando Sila dejó de ser dictador, y todos en Roma, patricios y plebeyos, senadores y soldados, sólo tenían un deseo: no tener nunca más un nuevo dictador, no estar siempre caminando con temor por la propia vida. Pero ahora que Sila se había retirado, algunos querían el poder que Sila había manejado, pero descubrieron que después de los terribles años de la dictadura de Sila, no sería tan fácil obtener ese poder.

Los senadores, así como toda la población de Roma, se resistían a que alguien intentara tomar el lugar de Sila.

Un hombre que era ambicioso, que quería el poder para sí mismo, era Julio César.

Un día pasó con algunos amigos por una pequeña villa de campesinos pobres.

Uno de sus amigos exclamó:

—“¡Qué lugar más pobre y miserable!”

Julio César dijo:

“Sí, lo es, pero preferiría ser el primer hombre de esta villa que el segundo hombre de la gran Roma”.

Julio César procuraba no mostrar sus ambiciones y sus sueños de poder a la gente de Roma. Al contrario, disimulaba y mostraba que todo aquello por lo que él se preocupaba era por una vida fácil de placeres. Se vestía con las más exquisitas togas, tenía un barbero que le cortaba el pelo cada día, y la gente de Roma pensaba que un hombre que se preocupaba tanto por su pelo no podría preocuparse de cosas serias, como el poder.

También era inteligente, astuto para hacerse popular entre la gente común de Roma.

Una de las principales calles de Roma, **la Vía Apia***, estaba en muy malas condiciones, llena de barro cuando llovía y con un polvo que llegaba hasta los tobillos en verano. Él la hizo reparar y pavimentar con dinero de su propio bolsillo.

A veces invitaba a la gente de Roma a una noche gratis en la arena del circo y pagaba por todos los asientos. Los ciudadanos podían ver las carreras de carros y las luchas de gladiadores sin tener que pagar por ello. Les encantaba y les gustaba que Julio César fuera tan generoso dándoles diversión gratis.

En tiempos posteriores, todos los gobernantes romanos continuaron con esa costumbre, que era la forma más fácil de ganarse el afecto del pueblo.

**Vía Apia: Una de las más importantes calzadas de la antigua Roma, que unía la ciudad con Brindisi, el más importante puerto comercial del Mediterráneo. [n. del pr.]*

Cuando Julio César se había hecho famoso de esa manera, dio otro paso para alcanzar su meta del poder: hizo un acuerdo secreto con dos romanos importantes.

Uno era el exitoso general Pompeyo —la ciudad de Pompeya llevaba el nombre en su honor—, y el otro era **Craso**, el hombre más rico de Roma. Y ¿qué les dijo Julio César a Pompeyo y Craso?

—“Ahora soy tan popular entre la gente de Roma, entre la gente común, que se regocijan cada vez que me ven. Si les pidiera que votaran por mí, lo harían. Pero me temo que a los senadores no les gustaría, no confían en mí. La única manera de acercarme a los senadores es sobornándolos, haciéndoles grandes regalos pecuniarios. Yo soy tan rico para eso, pero tú, Craso, podrías hacerlo, tú eres muy rico. De ese modo, con dinero, podríamos tener a los senadores. Y si aún hay gente en contra nuestra, tú, Pompeyo, podrías hacer que tus soldados, que te aman, luchan por ti cuando les dieses la orden. Así, los tres juntos podemos obtener el poder de Roma y compartirlo”.

Ambos, Pompeyo y Craso, estuvieron de acuerdo, porque ellos también estaban poseídos de esa ansia romana por el poder.

Mantuvieron su pacto en secreto esperando el momento justo para convertirse en los dueños de Roma. Sila se había retirado, pero había otros hombres, astutos e inteligentes, que querían tomar su lugar.

La Galia

En los tiempos romanos, la sabiduría de la antigua India y la bondad de la cultura proto-persa habían desaparecido, y todo lo que quedaba, especialmente en Roma, era el sentimiento de que los dioses eran poderosos, y cuánto más poderoso era un hombre, tanto más se parecía a un dios.

Pero había un país, un país muy pequeño, que era distinto. Era la tierra de la gente a quien Moisés había sacado de Egipto más de mil años antes, llevándolos hasta la tierra prometida. Nos referimos a Palestina.

Entre la gente de esa tierra, los judíos, regía la ley de Moisés que, igual que la religión de Zaratustra, consideraba que Dios quería que los seres humanos fueran buenos, pues ante Dios contaba la bondad y solamente la bondad, no el poder.

Todas las naciones vecinas, Egipto, Roma, e incluso Grecia, adoraban a sus dioses porque eran seres poderosos.

Los judíos llamaban a Dios el Todopoderoso, pero también lo llamaban el Dios de la Misericordia; adoraban su bondad más que su poder.

Pompeyo, el general romano que, junto con Craso, el hombre más rico de Roma, había hecho un pacto secreto con Julio César, también tenía esa ansia de poder.

**Marco Licinio Craso (ca. 115 aC-53 a. de C.): Aristócrata, general y político romano. Se distinguió en la batalla de la Puerta Colina, aplastó la revuelta de los esclavos acaudillada por Espartaco. Con Julio César y Cneo Pompeyo Magno formaron el Primer Triunvirato, para. [n. del pr.]*

Encontró otra forma de ser popular con la gente de Roma. No le daba entretenimiento gratis, como Julio César lo hacía, pero conquistó más pueblos para Roma.

A los romanos les gustaba un general que podía obtener grandes victorias, que extendía el poder de Roma cada vez más.

Entre otros países, Pompeyo conquistó también Palestina, la tierra de los israelitas. Los judíos pelearon valientemente por su tierra, pero no eran suficientemente fuertes para vencer el poderío de los soldados romanos.

De modo que Pompeyo puso Tierra Santa – Palestina– bajo el poder romano, y los soldados romanos marcharon por las calles de Jerusalén, la ciudad sagrada.

Otras naciones que fueron conquistadas por los romanos en esa época aceptaban las reglas y el gobierno romano, copiaban las maneras y costumbres romanas, y adoraban también a los dioses romanos. Pero no los judíos; éstos odiaban siempre a los gobernadores romanos, no imitaban las costumbres romanas, y, además, adoraban sólo a un Dios, el Dios que les había dado los Diez Mandamientos a través de Moisés.

A los romanos les daba igual que la gente de Palestina los aceptaran o no. Estaban orgullosos de que hubiera sido agregada a sus conquistas, y ellos alababan a Pompeyo y lo llamaban Pompeyo el Grande.

Aunque Julio César tenía un pacto secreto con Craso y Pompeyo, no había amistad real entre los tres hombres.

A Julio César no le gustaba del todo escuchar que Pompeyo fuera alabado por sus conquistas. Él quería mostrar a los romanos que él también podía hacer conquistas, que era un general tan bueno, incluso mejor que Pompeyo.

Y entonces Julio César pidió a los senadores que le dieran el mando de un ejército para conquistar un gran país al noroeste de Italia, la Galia, el país que hoy conocemos como Francia. Los senadores pensaron que era una buena idea tener a un hombre tan peligroso como Julio César fuera de Roma. Mientras estuviera marchando y luchando lejos de Roma no podía causar ningún problema en la ciudad.

Así que le entregaron a Julio César un ejército y él pudo marchar al norte a conquistar la Galia.

La gente, que sólo había conocido a Julio César como un hombre que vivía rodeado de comodidades y lujo en Roma, habría quedado sorprendida si lo hubieran visto con su ejército.

Cuando sus soldados marchaban, él no iba a caballo, sino que caminaba junto a ellos –en la forma de marchar rápido, largas distancias–, comía la misma comida que la de los soldados comunes, y en toda batalla se encontraba a Julio César allí donde la lucha era más dura.

Una vez, durante una tormenta, Julio César se había refugiado en una pequeña cabaña al lado del camino, pero cuando vio a un hombre herido acarreado por sus camaradas en una camilla, Julio César dio la orden de que ese hombre fuera introducido inmediatamente en la cabaña, saliendo él a dormir afuera, bajo la lluvia, con sus soldados.

Ese tipo de cosas hicieron a Julio César muy popular entre los soldados comunes, ellos amaban al general que compartía sus peligros y penurias.

Pero a los oficiales no les gustaba tanto.

A ellos no les gustaba marchar cuando había caballos para cabalgar, no les gustaba la comida que comían los soldados comunes, pero no tenían más remedio que hacer lo que hacía Julio César.

Y no dejaban de quejarse. Las quejas se hicieron cada vez peores, hasta que un día Julio César dio la orden de que todas sus tropas, todo su ejército, se congregase en un punto.

Cuando todos estaban parados ante él, cada legión con su oficial, Julio César les habló a los oficiales que se quejaban y dijo que los debiluchos y malcriados no eran útiles para él, y que cualquier oficial o soldado común que tuviera miedo de las largas marchas y de la lucha encarnizada, tenía su permiso para volver a Roma. Y añadió:

—*“Pero me quedaré con una sola legión, la Décima Legión, porque los soldados de la Décima Legión son verdaderos soldados”*.

Toda la Décima Legión gritó de orgullo y alegría cuando escucharon estas palabras, y los oficiales que se quejaban estaban tan avergonzados que fueron hasta Julio César y le suplicaron que les permitiera quedarse con él.

Desde ese día Julio César no tuvo más quejas, y sus soldados estaban orgullosos de poder servirle.

Los pueblos celtas

El gran país que hoy llamamos Francia, y que en la época de Julio César se conocía como la Galia, era bastante distinto a lo que es hoy en día.

No había campos de trigo dorado ni viñedos, no existía el **“Jardín Sur del Loira”*** ni había grandes ciudades.

La mayor parte de la tierra estaba cubierta de vastos bosques, más grandes y oscuros que cualquiera de los que hayamos podido ver. Y por esos bosques vagaban lobos, osos y jabalíes. La gente que vivía en esos bosques era fiera y orgullosa, esa gente de la Galia era alta, con ojos azules el pelo claro o pelirrojo. Su vestimenta era simple, los hombres usaban túnicas cortas, rodeaban sus pies con una tela unida con tiras de cuero, y sobre sus hombros llevaban una especie de manto.

El idioma que hablaban era el **galo***.

Esa gente de los grandes bosques de la Galia pertenecía a la misma gran familia de pueblos que la gente de las tierras altas de Escocia, los irlandeses, y los galeses.

En su conjunto se les llamaba los Celtas —procedían inicialmente de Galacia al sur de la actual Rusia—.

En esa época todos los países que hoy llamamos Francia, Gran Bretaña e Irlanda, el norte de España —una parte de la cual, Galicia, todavía conserva el nombre de su filiación celta—, de hecho, toda la Europa occidental, estaban habitados por los celtas.

*Posiblemente de refiera a: **Castillo de Villandry**, situado en la región Centre Val de Loire, es de estilo Renacimiento en el corazón de 3 jardines en terraza. Es el último de los grandes castillos Renacimiento edificados en los bordes del Loira. Notable por la armonía de su arquitectura y de sus jardines. [n. del pr.]

***Galo**: 5. m. Lengua celta continental que se habló en la Galia hasta aproximadamente el siglo V. Diccionario RAEL

Pero nunca llegaron a unirse como una nación. Vivían en tribus o clanes separados, que siempre estaban luchando entre sí.

Igual que los judíos en Palestina, tenían el sentimiento, como en la antigua cultura proto-persa, de que Dios quería seres humanos buenos. De hecho, los celtas habían retenido algo de lo que antaño había existido en la antigua India. Sentían la sabiduría del mundo.

Cuando el sol salía en el cielo no solamente veían su luz que invadía el mundo, sino que ello equivalía a encontrarse con un ser infinitamente sabio.

Imaginemos que nos encontramos con alguien de quien tenemos la sensación de que sabe mucho más que nosotros. De una manera más intensa eso era lo que sentían los celtas cuando el sol brillaba sobre la Tierra. Los vientos que soplaban, las olas que rompían, todo era para ellos como un hermoso lenguaje, y en la luz suave de la luna veían a seres parecidos a las hadas que trabajaban en las plantas, en las flores y en los árboles.

Y los hombres santos, los sacerdotes que mejor entendían la sabiduría del sol, el secreto del lenguaje del viento y de las olas, de los elfos trabajando en las plantas, eran llamados **druidas***.

Les llevaba casi una vida entera llegar a ser druidas. Eran ancianos de barba vestidos de blanco. Además de sacerdotes, eran también médicos y jueces.

Y si algún hombre necesitaba un consejo iba a consultar al druida.

Construían sus templos como sencillos círculos de piedras —como **Stonehenge***— abiertos al cielo azul, en la naturaleza.

Vistos desde fuera, esa gente tan alta podría parecer salvaje, tosca y fiera.

Sus hogares eran cabañas sencillas amontonadas unas junto a otras y rodeadas en su conjunto por una pared de tierra. No construían ni ciudades ni caminos. Pero esa gente tenía amor por la poesía, por las canciones.

Los hombres que podrían crear poemas eran llamados bardos, y eran altamente respetados.

No poseían escritura: todos sus poemas eran recitados y cantados de memoria y toda la sabiduría y conocimiento de los druidas se aprendía por transmisión oral y se retenía de memoria.

Por fuera parecían rudos, gente fiera, pero sus corazones estaban abiertos a la sabiduría y a la belleza de la naturaleza.

Como los hombres sabios de la India, los sacerdotes de la Galia, los sacerdotes celtas, sabían que cuando uno moría su alma retomaba a la Tierra, y nacía de nuevo.

Los celtas, la gente de la Galia, tuvieron un periodo en que se producían invasiones y ataques de tribus germánicas. Y entonces pidieron ayuda a los romanos para luchar contra esos invasores.

**Druida: 1. m. Entre los antiguos galos y britanos, miembro de la clase elevada sacerdotal, considerada depositaria del saber sagrado y profano, y estrechamente asociada al poder político. Diccionario RAE [n. del pr.]*

**Stonehenge: Monumento megalítico tipo crómlech, de finales del neolítico (siglo XX a.d.C), situado cerca de Amesbury, en el condado de Wiltshire, Inglaterra, a unos quince kilómetros al norte de Salisbury. [n. del pr.]*

El ejército romano, bajo el liderazgo de Julio César fue llevado a través de los Alpes hacia la Galia, supuestamente, para ayudar a los galos.

Al principio, Julio César luchó contra los invasores germanos. Los venció en terribles batallas y sólo algunos de ellos escaparon cruzando el río Rin, que limitaba la Galia con Alemania. Pero al terminar de lidiar con los invasores germanos, Julio César se volvió contra los mismos galos.

Los galos no eran una sola nación, sino que estaban divididos en muchas tribus independientes, y al faltarles la voluntad y la visión de unirse contra el general romano, una tribu tras otra fue vencida por Julio César. Sin embargo, cada una de estas tribus luchaba desesperada y valientemente por su libertad.

La tribu de los Nervios*, que esperaba al acecho en un tupido bosque al lado de un río para atender una emboscada a los romanos. Éstos llegaron por el otro lado del río y no tenían ni idea de que el enemigo estaba tan cerca. Julio César ordenó a sus tropas que levantaran un campamento.

Algunos soldados montaron tiendas, otros comenzaron a cavar las trincheras y a levantar una muralla de tierra para proteger el campamento, otros fueron a recoger leña para el fuego, y mientras casi todos los soldados romanos estaban ocupados montando el campamento, los nervios silenciosamente cruzaron el río y súbitamente se lanzaron sobre los romanos profiriendo su grito de guerra.

Hubo una terrible confusión, los soldados que acarreaban leña o que sólo tenían una tabla para defenderse fueron degollados por los nervios, otros se apresuraron a buscar sus armas y se atropellaron entre sí, era un desastre completo. Pero en toda esa confusión Julio César permaneció tranquilo y vigilante.

Dio orden de hacer sonar la trompeta para rearmar a sus hombres que se habían alejado del campamento, se puso su armadura y con un grupo de hombres preparados, los llevó a atacar a los nervios.

La Décima Legión, su favorita, que estaba en una colina más lejos vio el desarrollo de la lucha, y se apresuró a ir en su ayuda.

Los romanos, con su disciplina estricta y su largo entrenamiento, descendieron, cerraron sus filas y mantuvieron a los nervios en la orilla del río. Pero hubo una sola cosa que los romanos no podían hacer: forzar a los nervios a retroceder y huir, porque los galos nunca le daban la espalda al enemigo. De modo que los romanos los mataron a todos, cerca de sesenta mil.

Julio César, con sangre fría y mente siempre abierta, convirtió lo que parecía un desastre en la victoria más grande. Envió un informe de su victoria a Roma. Por esta victoria, los senadores decretaron 15 días de celebraciones en Roma, con festines y juegos ininterrumpidos durante dos semanas. Y el nombre de Julio César fue alabado por todos.

La tierra de la Galia se convirtió en parte del Imperio Romano, sin que nadie pensara en lo más mínimo en los miles de muertos de los nervios.

***Tribu de los Nervios:** Una tribu celta de guerreros de infantería.

Britania

Julio César era un hombre inteligente. Sabía que una vez que el enemigo estaba derrotado, lo mejor era ser generoso. Pues al pasar el tiempo, el enemigo podía volverse amigo. Muchas de las tribus que lucharon contra él descubrieron que cuando se rendían Julio César no ejecutaba a sus jefes, ni tomaba prisioneros a los hombres y mujeres para ser vendidos como esclavos. Sólo exigía que reconocieran a Roma como su gobierno.

En aquellos días era raro ser piadoso, pero esa era una política estratégica de Julio César. Mientras estaba en la Galia, Julio César a menudo oía hablar de una isla que se hallaba a poca distancia de allí, cruzando el mar, al norte de la Galia. Una isla llamada Britania y que allí, en **Anglesey*** había el centro más sagrado de los druidas donde cada druida había estado alguna vez.

También se sabía que algunas tribus de la isla de Britania habían enviado ayuda a sus amigos en la Galia, para luchar contra los romanos. Julio César pensó que convendría llegar a esa isla y darles a esas tribus una lección, y tal vez llegar a conquistarlas.

Sólo había una dificultad: para pasar de la Galia a Britania hacía falta barcos, y Julio César no los tenía. Aunque era una dificultad menor, porque todo soldado romano no sólo era entrenado para luchar, sino que era también experto en construcción.

Sus murallas, fortalezas y caminos perviven aún hoy en día.

Fueron construidas por los legionarios. Y también eran buenos carpinteros. Por lo tanto, si Julio César necesitaba barcos, tenía a los hombres que los construirían y disponía de los bosques de la Galia, que le suministrarían madera.

De ese modo llegó el día en que cerca de ochenta barcos romanos con cerca de doce mil soldados, liderados por Julio César, se aproximaron a las costas de Britania, cerca de **Deal***.

Los britanos, que habían oído rumores de que se acercaba Julio César, cuando vieron la flota de barcos que aproximaba, se precipitaron a la costa listos y deseosos de luchar contra los invasores. Pero los romanos descubrieron con desánimo que sus barcos no podían llegar a la orilla. El mar tenía muy poco calado y los barcos podían encallar si se acercaban más.

Sin desanimarse, Julio César dio la orden:

—“¡Saltad al agua, y llegad a la orilla!”

Pero los bravos soldados romanos no tenían valor para saltar a la fría y gris agua del mar. Incluso la Décima Legión estaba paralizada como si no hubiese escuchado la orden del general. Pero el portaestandarte no se sentía amedrentado, y con el estandarte del águila en la mano saltó al agua y gritó:

—“Aquí va el águila, ¿quién la dejara caer en manos enemigas?”

Los legionarios reaccionaron:

**Anglesey: Isla al noroeste de la costa de Gales (Reino Unido). Históricamente ha sido asociada con los druidas. En el año 60, el general romano Cayo Suetonio Paulino atacó la isla, destruyendo el santuario y las arboledas sagradas. [n. del pr.]*

**Deal: Localidad costera inglesa situada en el condado de Kent, al sureste de Inglaterra. Julio César realizó dos desembarcos en la zona, en 55 aC y 54 aC. [n. del pr.]*

—“¡Ahí va el honor de nuestra legión!” Y, acto seguido, se lanzaron al mar para seguir al estandarte.

Fue una batalla feroz, pero las espadas romanas vencieron a las hachas britanas, y los britanos se vieron obligados a huir.

Julio César encontró un país salvaje, sin tesoros de interés, y al poco tiempo se marchó de Britania.

Cien años después, los romanos volverían a atacar Britania, pero Julio César había sido el primero en poner allí el pie.

El Rubicón

Roma fue fundada por Rómulo en el año 752 a.d.C. Julio César había nacido 652 años después, en el 100 a.d.C., sólo cien años antes de la llegada de Cristo. Y Julio César hizo su incursión contra los britanos en el año 54 a.d.C.

Pero la primera invasión de Britania por parte de Julio César fue muy breve, pues consideró que no valía la pena penetrar más en la isla. Por otra parte, el país que acababa de conquistar, la Galia, de ningún modo había quedado en paz con el gobierno romano.

Bajo el liderazgo de un hombre joven y noble, **Vercingetórix***, estalló una rebelión contra los romanos.

Por un tiempo pareció como si la Galia, que había luchado desesperadamente por la paz, fuera a derrotar a los romanos por el mero peso numérico. Los galos luchaban ferozmente, pero sin ninguna planificación, mientras los romanos eran entrenados para usar la cabeza. En cada batalla, cada regimiento sabía lo que estaban haciendo los otros, y su líder, Julio César, el general que planificaba la batalla, había pensado en cada movimiento y contra movimiento, como si fuera una partida de ajedrez.

De modo que, a pesar de la furiosa lucha de los galos, y de su gran número, fueron derrotados por la destreza de los soldados romanos y por el genio y la premeditación de Julio César como general.

La rebelión de los galos fue aplastada. Vercingetórix, su líder, fue mandado encadenado a Roma, donde languideció en prisión esperando el regreso de Julio César a Roma para celebrar su triunfo.

Siempre que un general romano vencía en alguna gran batalla o conquistaba un nuevo país, a su regreso era honrado por sus triunfos en un gran desfile para celebrar su victoria.

Algunas veces se construían ‘arcos de triunfo’ bajo los cuales pasaba toda la columna del desfile.

Hoy en día pueden verse aún muchos de ellos en Italia, España, y otros países del Mediterráneo.

**Vercingetórix (ca. 80 aC-46 a. de C.): Líder galo. Al fin de la Guerra de las Galias, unió a la mayoría de las tribus galas para enfrentarse a Julio César y expulsarle de sus territorios. Vencido en Alesia (52 a. de C.), fue apresado y encarcelado en el Tullianum durante seis años hasta que fue ejecutado tras celebrarse el triunfo de César. [n. del pr.]*

Los habitantes de Roma llenaban las calles engalanadas de flores y el desfile las recorría con toda pompa. Al principio iban los oficiales de más alto rango de la ciudad de Roma en sus togas blancas —pues cada victoria era una victoria de Roma—, luego le seguían los soldados, los legionarios que marchaban con orgullo marcando el paso, con sus armaduras y armas brillando al sol, llevando el botín de guerra, los tesoros, estandartes y armas de los vencidos.

Era el día del orgullo de los soldados romanos que podían desfilar entre las multitudes alegres de Roma.

Después de los soldados venía el carro dorado, tirado por corceles blancos, donde iba el general victorioso que llevaba en la cabeza una corona hecha de hojas de laurel. El regocijo de las multitudes crecía, era como un poderoso rugido. Pero en el carro iba un esclavo. *¿Y qué hacía ese esclavo?*

Mientras se desencadenaba el regocijo y los gritos de alegría de la gente, el esclavo susurraba a los oídos del general:

—“No te olvides de que eres un mortal, acuérdate de que tú también tendrás que morir un día como cualquier ser humano”.

Incluso en esa gran hora de triunfo, el gran hombre tenía que recordar que sólo era un hombre como todos los demás y tenía que morir alguna vez.

Después del carro con el general victorioso seguía la triste fila de los esclavos.

El líder de los conquistados, como fue el caso del joven Vercingetórix, era ejecutado después del desfile.

Julio César tenía el derecho a ese gran honor, el derecho a desfilar triunfalmente por las calles de Roma. Pero aún faltaba mucho tiempo antes de que pudiera recorrerlas en su carro dorado tirado por corceles blancos, y escuchar el regocijo de la muchedumbre, y el susurro del esclavo en sus oídos.

Después de aplastar la rebelión de los galos, primero tenía que asegurarse de que no iba a haber más levantamientos contra Roma.

Sus legionarios construyeron caminos para que las tropas pudieran marchar fácilmente a cualquier parte de la Galia. Aún hoy en día existen algunos caminos o vías romanas.

Para construir esos caminos se cavaba primero una zanja profunda, se la rellenaba luego con una capa de pequeñas piedras de **pedernal***, luego se cubría con una capa de **grava***, seguida por una capa de **piedra caliza***, luego otra nueva capa de grava. Finalmente, se acababa con una capa de piedra lisa y que permanecía seca.

Esas carreteras o vías construidas así duraron siglos y muchas de ellas han llegado hasta nosotros. Se construían tan rectas como el vuelo de una flecha, sin ángulos ni curvas, porque era la ruta más directa para las marchas de los soldados.

***Pedernal**: 1. m. Variedad de cuarzo, compacto, traslúcido en los bordes y que produce chispas al ser golpeado. Diccionario RAEL [n. del pr.]

***Grava**: 1. f. Conjunto de guijas (piedras lisas y pequeñas). Piedra machacada con que se cubre y allana el piso de los caminos. Diccionario RAEL [n. del pr.]

***Caliza**: 1. adj. Dicho de un terreno o de una piedra: Que tiene cal. 2. f. Roca formada de carbonato de cal. Diccionario RAEL [n. del pr.]

Con la misma destreza, los hombres de Julio César construyeron templos romanos después de haber sofocado la rebelión.

A los jóvenes nobles de la Galia les enseñaban profesores romanos, o eran enviados a Roma donde eran introducidos a las maneras, costumbres y leyes romanas.

De modo que, con el tiempo, los mismos galos se volvieron romanos y llegaron a militar como soldados de Roma. Olvidaron incluso su propia lengua, acabaron hablando latín, del que procede el francés moderno.

Después de aplastar la rebelión, Julio César estuvo muy ocupado en la Galia.

Mientras tanto, muchas cosas habían cambiado en Roma. Uno de los dos hombres que habían sellado el pacto secreto con Julio César, Craso, había sido asesinado en el este.

Con la muerte de Craso y Julio César lejos en la Galia, Pompeyo, el conquistador de Palestina, se convirtió en el hombre más poderoso de Roma. Los senadores estaban de su lado y preferían a Pompeyo antes que a Julio César, de modo que proclamaron cónsul a Pompeyo.

En la Galia, Julio César era informado por sus amigos en Roma de las cosas que iban sucediendo en la capital, y de que cada vez había más gente que se ponía de parte de Pompeyo.

Supo que Pompeyo había llegado a ser tan poderoso que Julio César no tenía ninguna posibilidad de hacer nada contra él. Sin embargo, Julio César esperaba, todavía no estaba listo para comenzar una guerra civil, en la que romanos lucharan contra romanos. Incluso un hombre tan ambicioso como Julio César temía ante la idea de una guerra de romanos contra romanos.

Los senadores y Pompeyo en Roma se sentían intranquilos con Julio César que estaba en la Galia al mando de un enorme ejército cuyos soldados eran verdaderos devotos suyos.

Ni los senadores ni Pompeyo podían sentirse completamente seguros mientras Julio César estuviera al mando de ese ejército.

Pero Julio César era sólo un general, y un general no es un rey, un general tiene que obedecer al gobierno, y los senadores y Pompeyo eran el gobierno.

Por eso, los senadores le mandaron a Julio César un mensaje que era una orden:

“Disuelve tu ejército, manda a tus soldados a casa y vuelve a Roma.”

¿Qué podía hacer Julio César?

Si obedecía la orden de los senadores y volvía solo a Roma, su vida estaba a merced de Pompeyo, que tal vez podía tratarlo generosamente, pero Julio César no tendría nunca más la posibilidad de llegar al poder por sí mismo.

Por otra parte, si Julio César desobedecía la orden, se convertía en un rebelde contra su propio gobierno, y los soldados romanos liderados por Pompeyo lucharían contra él.

Julio César no sabía qué hacer. Marchó con su ejército hasta un pequeño río, el Rubicón, que hacía de frontera entre la Galia e Italia. Ahí, junto al Rubicón tuvo que tomar una decisión. Podía ordenar a sus tropas que bajasen las armas y volvieran a Roma como ciudadanos privados, retornando a sus casas. O podía ordenarles marchar completamente

armados bajo su comando, atravesando el puente del río, lo que significaba rebelión y guerra civil.

Sabía que la decisión era muy importante, y si decidía avanzar, no habría marcha atrás, no habría vuelta a la paz. Estuvo en pie un largo rato, mirando la corriente del río, sumergido en profundas cavilaciones, mientras los soldados estaban en pie más lejos, esperando una orden.

Mientras Julio César y sus soldados estaban de un lado del Rubicón, observó que en el otro lado había un pastor tocando una tonada con su flauta. A algunos de los soldados de Julio César les gustó el sonido de la flauta, y uno de ellos dijo:

—“¡Atravesemos el puente para acercarnos al pastor y escuchar mejor la flauta! Y cierto número de soldados cruzó el puente corriendo para llegar al otro lado.

Cuando Julio César vio a esos hombres cruzando el puente, tuvo la certeza de que eso era una señal enviada por los dioses.

Dio la vuelta y dirigiéndose al ejército que le esperaba, gritó con voz fuerte:

—“*¡Los dioses nos han mandado una señal*”, “*alea jacta est*” —“*la suerte está echada*”—
Marchemos soldados y crucemos el Rubicón!”

Hoy en día todavía se usa esa metáfora cada vez que alguien tiene que tomar una decisión importante y difícil de la que no habrá vuelta atrás: “*Tiene que cruzar el Rubicón*”.

Saludos, ¡oh, rey!

Julio César penetró con sus tropas en Italia atravesando el Rubicón. Todas las ciudades en el norte de Italia le iban abriendo las puertas para saludarle, aplaudirle, y darle la bienvenida. Era como si lo hubieran estado esperando.

En Roma mismo se produjo una gran confusión cuando llegaron las noticias de que Julio César había desafiado la orden de los senadores. Pompeyo trató de reunir rápidamente un ejército, pero se dio cuenta de que sus propios soldados desertaban para unirse al ejército de Julio César que venía en camino.

Cuando Pompeyo comprobó que no podía contar con ninguna tropa italiana, decidió levantar un ejército en Grecia donde tenía amigos y mucho apoyo. Y de ese modo Pompeyo huyó a Grecia.

Así Julio César pudo marchar por Italia directo a Roma sin encontrar opositores, no se levantó ninguna espada en su contra.

Cuando sus soldados entraron en Roma, lo hicieron cantando, y la gente le aplaudía.

Los senadores temblaban temerosos por sus vidas y estaban dispuestos a hacer todo lo que Julio César les pidiera.

Fue nombrado Cónsul, Tribuno e incluso Dictador, todo para agradarle. Tal vez pensaban que eso no era tan importante, porque, tarde o temprano, regresaría Pompeyo y se enfrentaría a Julio César por ellos. Pero estaban totalmente equivocados.

Sin pensarlo dos veces, el propio Julio César embarcó con su ejército a Grecia. Y Pompeyo el Grande, que nunca había perdido una batalla, perdió allí la batalla de Farsalia, donde fue derrotado por Julio César: fue el 9 de agosto del año 48 a. de C.

Pompeyo huyó y encontró un barco que le llevó a Egipto.

Los egipcios no tenían deseo alguno de dar refugio a un hombre que era enemigo de Julio César. Querían darse a conocer como amigos de Julio César y se lo mostraron de una manera espantosa.

Cuando Julio César llegó a Egipto diez días después con una de sus legiones, el **faraón niño*** le dio la bienvenida. Y cuando preguntó por Pompeyo, los cortesanos del faraón le trajeron la cabeza de Pompeyo. Lo habían asesinado cuando había pedido asilo político.

Cuando Julio César vio la cabeza de uno de los hombres más grandes de Roma, se derrumbó y lloró.

Pero una vez muerto Pompeyo Julio César ya no tenía ningún rival que se le opusiera. Era el hombre más poderoso de toda Roma.

Después de una lucha por el poder entre hermanos —Ptolomeo XIV y Cleopatra—, Julio César facilitó la ascensión al poder de faraón a Cleopatra, que en aquel entonces contaba con sólo veinte años.

Quedó profundamente enamorado de Cleopatra y ambos tuvieron un hijo: **Ptolomeo XV César***, también llamado Cesarión por los egipcios.

Después de este prolongado período en Egipto, Julio César regresó a Roma en el año 47 a.d.C., llevando consigo a Cleopatra y a su hijo.

En Roma, Cleopatra se ganó muchos enemigos, que la veían como una amenaza, por lo que muchos escritores e historiadores se encargaron de ofenderla e insultarla.

La reina de Egipto caía muy mal en Roma. Vivía en una casa cerca del Tíber, junto a su hijo, pero seguía como la amante de Julio César y no sufrió penalidades —recordemos que Julio César estaba casado oficialmente con **Calpurnia***—.

Cuando Julio César regresó a Roma tenía 52 años. La gente se acordaba de Sila y pensaba que Julio César se vengaría de los senadores y de los amigos de Pompeyo o de cualquiera que hubiera estado contra él.

Pero Julio César sorprendió a todos, amigos y enemigos, por su tolerancia.

No sólo perdonó a los amigos de Pompeyo, sino que les otorgó puestos importantes. Se preocupó de los soldados que le habían servido con lealtad, le habían apoyado y luchado por él. Cada uno recibió un generoso regalo en monedas, y una parcela de tierra en Italia.

También se preocupó de los pobres de Roma. Por orden suya, Cartago fue reconstruida para la gente pobre de Roma y de otras partes del imperio. De ese modo esa gente podía crear una nueva ciudad con sus propias casas y jardines en el norte de África.

**Ptolomeo XIII Teos Filópator: Faraón de la dinastía Ptolemaica de Egipto; gobernó de 51 aC a 47 aC. Hijo de Ptolomeo XII Auletes; a los 10 años de edad heredó el trono, conjuntamente con su hermana Cleopatra VII, con la que se desposó. [n. del pr.]*

**Ptolomeo XV Filópator Filómetor César (47 a.d.C.- 30 aC): Faraón de la Dinastía Ptolemaica. Su madre fue Cleopatra VII, última reina de Egipto, y su padre Julio César. Diccionario RAEL [n. del pr.]*

**Calpurnia: Noble romana del siglo I a.d.C., hija de Lucio Calpurnio Pisón Cesonino, y la tercera y última esposa de Julio César. [n. del pr.]*

Extrañamente, además de ser cónsul, tribuno y dictador, a Julio César le fue otorgado otro gran honor, fue designado "*Pontifex Maximus*" o "*Sumo pontífice*", el sacerdote que está por encima de los demás sacerdotes.

“Pontifex” quiere decir “el que construye el puente entre los seres humanos y los dioses”. El nombre latino para el Papa, hoy en día, sigue siendo el de *“pontífice”*.

Como sumo sacerdote del Imperio Romano, Julio César tenía que revisar el calendario para fijar las fechas de las fiestas romanas.

El calendario romano de los tiempos de Julio César no era igual que el nuestro. Estaba regido por la luna. De una luna llena a otra pasan alrededor de veintinueve días y medio, y el mes era sólo de 20 o 30 días, doce meses que daban 354 días, que son 11 días menos que un año real. Ello implicaba que cada año empezaba 11 días antes que el anterior, lo que era un verdadero enredo.

Julio César decidió cambiar la situación. Llamó a algunos astrónomos famosos de Egipto, y bajo su consejo se modificó el calendario que pasó a parecerse al nuestro —la inclusión del año bisiesto se produjo mucho más tarde. Se alargaron los meses que pasaron a ser de 30 o 31 días, con excepción de febrero que tenía 28 días, o 29 días cada cuatro años.

Eso dio un año de 365 días y un cuarto: El calendario juliano. Y en honor y memoria de Julio César al mes más luminoso y soleado del año (en el hemisferio norte) se le dio el nombre Julio: cuando hablamos de ese mes estamos recordando a Julio César.

Otro honor que se le otorgó fue el título de *“Imperator”* *“emperador”*; es decir, comandante máximo de todos los soldados romanos.

De ese modo, Julio César acabó adquiriendo mucho más poder que cualquier hombre antes: tribuno, dictador, cónsul, emperador y sumo sacerdote.

Pero a pesar de ser ambicioso y disfrutar en ser el hombre más poderoso del mundo antiguo, usaba su poder sabiamente.

Sin embargo, había un título que Julio César no tenía, el título de rey.

Tenía más poder que cualquier rey, pero no podía llamarse a sí mismo rey. Incluso los romanos que le amaban podrían haberse vuelto en contra suya si lo hubiera hecho. Pero todos los otros poderes y títulos tenían que morir con Julio César, no podía traspasárselos a un hijo o a un pariente. De hecho, excepto por Cesarión, Julio César no tuvo hijos, su pariente más cercano fue Octavio, el hijo de su sobrina, y que él convirtió en hijo adoptivo.

Mientras que los reinados se heredaban, los romanos ya no querían tener reyes, veneraban a Julio César, pero cuando él muriera Roma volvería a sus costumbres republicanas y no estaría a merced de un solo hombre. Por eso los romanos podrían haberse vuelto contra Julio César si hubiera asumido el título de rey.

Julio César lo sabía, y se cuidaba mucho de evitar cualquier sospecha de que él también quería ser rey.

Marco Antonio, un joven oficial que había luchado con él contra Pompeyo, y lo admiraba mucho, al ver a Julio César un día en el foro le saludó con las palabras:

—“¡Ave rex! ¡Se te saluda, rey!”

Julio César frunció el ceño y dijo:

—“Marco Antonio, ¿no sabes que soy Julio César y no rey?”

Y de aquel día en adelante hubo rumores en Roma de que Julio César quería ser rey.

Un día, durante el gran festival de las **luperciales***, Julio César contemplaba y escuchaba desde su balcón los cantos y celebraciones de la gente en la calle. Al verle, la gente empezó a aplaudirle y aclamarle. Y apareció Marco Antonio en el balcón con una corona de oro en sus manos y se la ofreció a Julio César. La multitud se quedó en silencio, y Julio César sonrió y apartó la corona. Entonces la multitud al observarlo, empezó a aplaudir fervorosamente.

Una vez más Marco Antonio le ofreció la corona y Julio César volvió a rechazarla, y lo mismo sucedió una tercera vez. Entonces los enemigos de Julio César esparcían rumores de que Marco Antonio le había ofrecido la corona a Julio César porque Julio César mismo quería averiguar la reacción de los romanos si él aceptara ser rey. Y ese rumor se extendió y hubo cada vez más gente que empezó a creérselo.

Los idus de marzo

Roma estaba repleta de rumores: unos decían:

–“Julio César será proclamado rey”. Otros replicaban:

–“No, la gente jamás lo apoyaría”. Y otros más:

–“Sus soldados van a proclamarlo y nos lo van a imponer como rey”.

La gente rumoreaba y hablaba. Incluso los que amaban a Julio César empezaron a creer que tal vez era cierto que iba a ser nombrado rey y que luego Octavio heredaría su poder como sucesor. Después de todo, ¿por qué Julio César llevaba a Octavio a donde quiera que fuera? ¿Por qué lo trataba como a un príncipe de la corona?

Aún había gente en Roma que, a pesar de que le gustara Julio César, no querían que Roma fuera regida por siempre por un solo hombre. Ellos esperaban que cuando Julio César muriera Roma sería libre de escoger un nuevo líder. Una de esas personas era **Bruto***, descendiente del Bruto que antaño había echado al último rey, Tarquinio, el etrusco.

Bruto tenía muchas razones para estimar a Julio César, porque éste le apreciaba y nunca le había negado ningún favor. Bruto apreciaba a Julio César, pero creía de todo corazón que Roma tenía que volver a ser una verdadera república. Temía que Julio César no descansaría hasta convertirse en rey y que eso sería el fin de todas las esperanzas de que los romanos algún día pudieran volver a escoger a sus líderes.

Bruto estaba cada vez más convencido de que había una sola manera de detener a Julio César: asesinandolo. A pesar de que Bruto era amigo de Julio César, sintió que su deber frente a Roma era asesinar a Julio César antes de que él mismo se proclamara rey.

Bruto tenía un amigo, **Casio***, que, a diferencia de Bruto, odiaba a Julio César.

***Luperciales**: 1. f. pl. Fiestas que en el mes de febrero celebraban los romanos en honor del dios Pan. Diccionario RAEL.

***Marco Junio Bruto** Cepión (85 a.d.C.-42 aC): Político y militar romano de la etapa final de la República. Participó en la conspiración que condujo al asesinato de Julio César en los idus de marzo de 44 a.d.C. [n. del pr.]

***Cayo Casio Longino** (87/86 aC-42 a.d.C.): Junto con su amigo y cuñado Marco Junio Bruto, como cabeza del asesinato de Julio César en los idus de marzo de 44 a.d.C. preparado por el partido senatorial. 1 [n. del pr.]

Casio había sido amigo de Pompeyo y no podía olvidar la manera tan miserable en que había muerto el pobre Pompeyo, y todo a causa de Julio César.

Era cierto que Julio César había sido amable con Casio, y hasta le había dado un alto cargo, pero, en su corazón, Casio no había perdonado a Julio César. Quería vengar a Pompeyo.

De modo que estos dos hombres, Bruto y Casio, encontraron a una serie de hombres que odiaban a Julio César por diferentes razones —envidia, ambición, venganza— y los conspiradores empezaron a reunirse secretamente para planear el asesinato de Julio César.

Mientras más gente se unía a la conspiración, mayor era el riesgo de que uno de ellos traicionara a los otros contándole a Julio César.

Bruto y Casio decidieron que no esperarían más tiempo. Había llegado el momento de actuar. Al día 15 de cada mes, los romanos lo llamaban los “idus”, “la ‘mitad del mes”, y en los idus de marzo tenía que realizarse un importante encuentro en el senado y en el foro.

Naturalmente, Julio César estaría allí. Y ese sería el momento y el lugar idóneos para asesinarlo.

Un hombre clarividente, que podía ver el futuro, había advertido a Julio César que los idus de marzo serían para él muy peligrosos y que debía estar en guardia. Pero Julio César se reía de esa advertencia.

La noche del 14 de marzo hubo un banquete en la casa de Julio César y durante la conversación sus invitados comenzaron a hablar de la muerte. Uno de ellos le preguntó a Julio César qué tipo de muerte le gustaría a él. Julio César contestó:

—*“Una muerte repentina”.*

Durante la noche, la esposa de Julio César, Calpurnia, tuvo una pesadilla en la que vio el cuerpo de Julio César lleno de sangre y que le traían a casa el cadáver ensangrentado.

Cuando despertó a la mañana siguiente, llena de lágrimas, le imploró a Julio César que no fuera al senado ese día.

Y Julio César, para hacerle un favor a ella, consintió en quedarse en casa.

Cuando se veía que Julio César no llegaba al Senado hubo una gran consternación entre los senadores.

¿Qué hacer? ¿Por qué no se había presentado?

Pero los más alterados eran Bruto y Casio y los demás conspiradores, que llevaban sus dagas escondidas debajo de la toga.

Bruto se dirigió a casa de Julio César para averiguar qué le mantenía allí.

Cuando Julio César le habló del sueño de su esposa, Bruto le dijo:

—*“¿Habré de decirle a Roma que Julio César se queda en casa por los sueños de su esposa?”*

Eso hirió el orgullo de Julio César. No quería que los romanos se rieran de él, y a pesar de las súplicas desesperadas de Calpurnia, se fue con Bruto.

Mientras caminaban a través de las calles Julio César vio al clarividente que había profetizado que el mal caería sobre él en los idus de marzo, y Julio César le dijo:

—*“Los idus de marzo ya han llegado, amigo mío”.* El vidente respondió:

—*“Sí, pero aún no han terminado”.*

Entre la gente de las calles había un hombre que parecía ansioso de entregarle un trozo de papel a Julio César. Le dijo:

—*“Léelo, Julio César, tiene que ver con tu seguridad”.*

El papel contenía los nombres de los conspiradores que habían planeado asesinar a Julio César. Pero Julio César estaba tan apremiado por entrar en el senado que no miró el papel, y se lo pasó a alguien para que se lo guardara.

En cuanto Julio César entró en el senado, Bruto, Casio y los otros conspiradores se le acercaron y lo rodearon para evitar que el resto de senadores pudieran ver lo que estaba sucediendo.

Entonces, uno de ellos le entregó a Julio César una carta de súplica, con una petición que Julio César ya había rechazado antes.

Julio César miró la carta y enojado respondió negativamente al senador que se la había entregado y se dio la vuelta. En ese mismo instante el hombre tomó la toga de Julio César por la parte de atrás del cuello y la tiró hacia abajo.

Esa era la señal para los conspiradores: que sacaran sus dagas, se abalanzaran sobre Julio César y se las clavaran.

Con la sangre chorreando de sus heridas, Julio César golpeaba a sus atacantes con las manos vacías. Entonces vio cómo Bruto —el hombre que él estimaba y en el que confiaba— levantaba su daga para clavársela, y le gritó:

—*“Et tu Bruto. ¿Tú también, Bruto?”*

Entonces se cubrió la cara con la toga, y cayó muerto al suelo, justo al pie de la estatua de Pompeyo.

Ese fue el fin de Julio César, el hombre que había adquirido más poder que cualquier romano antes que él.

Cuando el resto de senadores vieron lo que estaba sucediendo en el senado, el lugar de la ley y de la justicia, quedaron horrorizados y huyeron de allí. No querían tener nada que ver con ese crimen.

Mientras se alejaban del senado se encontraron con Marco Antonio, el joven oficial que tanto admiraba a Julio César, y al escuchar la espantosa noticia temió que él mismo también podría ser asesinado, porque era amigo de Julio César, y también se alejó de allí. Mas no por mucho tiempo.

Tras la muerte de Julio César, Cleopatra tuvo que volver a Egipto con su hijo. Allí quedó reinando ella junto a Cesarión.

Mientras tanto, los conspiradores empezaron a preocuparse de que la gente de Roma se volviera contra ellos.

Aún estaban discutiendo lo que debían hacer cuando se presentó Marco Antonio y exigió que Julio César tuviera un funeral público. Bruto y Casio estuvieron de acuerdo.

En un funeral público era costumbre hacer grandes discursos, y esa era una buena ocasión para ellos de hablarle a la gente de Roma y explicarles que ellos no eran asesinos comunes, sino que habían asesinado a Julio César por el bien de la libertad romana. Estuvieron también de acuerdo en que a Marco Antonio se le permitiera hablar.

Al día siguiente, se colocó el cuerpo de Julio César sobre un altar en el foro. Primero habló Bruto, y habló con tal sinceridad, explicando por qué un amigo de Julio César, como era él, había decidido que Julio César muriera antes de convertirse en rey.

Habló tan bien que la gente de Roma prorrumpió en aplausos, y estuvo de acuerdo en que lo que Bruto había hecho era lo correcto.

Pero entonces le tocó el turno de hablar a Marco Antonio y su discurso quedó inmortalizado en las palabras del escritor inglés **Shakespeare***, en su obra "Julio César":

—*"Amigos, romanos, compatriotas, présteme atención; he venido a enterrar a Julio César, no a ensalzarlo. El mal que hacen los hombres les sobrevive; el bien suele quedar sepultado con sus huesos. Que así ocurra con Julio César. El noble Bruto les ha dicho que Julio César era ambicioso; si lo fue, esa fue una falta de extrema gravedad, y Julio César gravemente la ha pagado"*.

—*"He venido a hablar en el funeral de Julio César, por la benevolencia de Bruto y de los demás, pues Bruto es un hombre honorable, como son todos los demás, hombres honorables. Él fue mi amigo, fiel y justo conmigo; pero Bruto dice que era ambicioso; y Bruto es un hombre honorable."*

—*"Julio César trajo a Roma muchos cautivos, y sus rescates llenaron el tesoro público. ¿Puede verse en esto la ambición de Julio César?"*

—*"Cuando el pobre lloraba, Julio César lloraba; la ambición tendría que ser de una sustancia más dura; Pero Bruto dice que era ambicioso, y Bruto es un hombre honorable"*.

—*"Todos vieron que, en las Lupercales, le ofrecí tres veces una corona real, y tres veces la rechazó"*.

—*"¿Era eso ambición?"*

—*"Pero Bruto dice que era ambicioso y es indudable que Bruto es un hombre honorable"*.

—*"No hablo para desmentir lo que Bruto, dijo, sino que estoy aquí para decir lo que sé."*

—*"Todos amaron a Julio César alguna vez, y no sin razón. ... ¿Qué razón, entonces, les impide ahora hacerle el duelo?"*

—*"¡Ay, raciocinio te has refugiado entre las bestias, y los hombres han perdido la razón!"*

—*"Perdonadme. Mi corazón está ahí en ese féretro, con Julio César, y debo detenerme hasta que vuelva en mí..."*

(Los ciudadanos discuten entre sí sobre las palabras de Marco Antonio, y él reanuda el discurso.)

—*"Ayer, la palabra de Julio César hubiera prevalecido contra el mundo. Ahora yace ahí y nadie hay con la suficiente humildad para reverenciarlo."*

—*"¡Oh, señores! Si tuviera el propósito de excitar sus mentes y sus corazones al motín y a la cólera, sería injusto con Bruto y con Casio, que, como todos saben son hombres honorables"*.

***Shakespeare, William.** 'Julio César.' Tragedia escrita probablemente en 1599. Recrea la conspiración en contra del dictador romano Julio César, su homicidio y sus secuelas, así como su lugar de desarrollo: la antigua Roma. [n. del pr.]

—*"No quiero ser injusto con ellos. ¡Prefiero serlo con el muerto, conmigo mismo y con ustedes, antes que con esos hombres tan honorables! Pero aquí hay un pergamino con el sello"*

de Julio César. Lo encontré en su gabinete. Es su testamento. Si se hiciera público este testamento que, perdonadme, no tengo intención de leer, irían a besar las heridas de Julio César muerto y a empapar sus pañuelos en su sagrada sangre. ¡Suplicarían un cabello suyo como reliquia, y al morir lo mencionarían en vuestro testamento, como un rico legado a su posteridad!"

(Los ciudadanos reclaman que se lea el testamento.)

-“Tengan paciencia, gentiles amigos. No debo leerlo. No es conveniente que sepan hasta qué extremo les amó Julio César”.

“No están hechos de madera, ni de piedra, son seres humanos, y, como seres humanos, sí oyen el testamento de Julio César se van a inflamar, se van a volver locos”.

“No es bueno que sepan que son sus herederos, pues si lo supieran, podría ocurrir cualquier cosa”.

(Los ciudadanos siguen reclamando que se lea el testamento.)

-“¿Serán pacientes? ¿Querrán esperar un poco? He ido demasiado lejos al decirles esto. Temo agraviar a los honorables hombres cuyos puñales traspasaron a Julio César. ¡Lo temo!”

(Los ciudadanos empiezan a ver a Bruto y Casio como traidores y reclaman que se lea el testamento.)

-“¿Me obligan a que lea el testamento? En ese caso, formen círculo en torno al cadáver de Julio César, y déjenme mostrarles al que hizo el testamento.

-¿Puedo descender? ¿Me dan su permiso?

(Hacen sitio a Marco Antonio.)

-“Si tienen lágrimas, prepárense a derramarlas”. Todos conocen este manto. Recuerdo la primera vez que Julio César se lo puso. Era una tarde de verano, en su tienda, el día que venció a los nervios”.

-¡Miren: por aquí penetró el puñal de Casio! ¡Vean que brecha abrió el envidioso Casca!

¡Por esta otra le apuñaló su muy amado Bruto!”

“Y al retirar su maldito acero, observen cómo la sangre de Julio César lo siguió, como si se abriera de par en par para cerciorarse si Bruto, malignamente, la hubiera llamado. Porque Bruto, como saben, era el ángel de Julio César”.

-“¡Juzguen, oh dioses, con qué ternura le amaba Julio César!

-“¡Ese fue el golpe más cruel de todos, porque cuando el noble Julio César vio que él lo apuñalaba, la ingratitud, más fuerte que las armas de los traidores, lo aniquiló completamente. Entonces estalló su poderoso corazón, y, cubriéndose el rostro con el manto, el gran Julio César cayó a los pies de la estatua de Pompeyo, al pie de la cual se desangró...”

-“¡Oh qué funesta caída, conciudadanos! En aquel momento, yo y ustedes, y todos, caímos, mientras la sangrienta traición nos sumergía”.

-“Ahora lloran, y me doy cuenta que empiezan a sentir piedad. Esas lágrimas son generosas. Almas compasivas: ¿por qué lloran, si sólo han visto la desgarrada túnica de Julio César?”

-“Miren aquí. Aquí está, desfigurado, como ven, por los traidores”.

(Los ciudadanos reclaman venganza.)

-“¡Conténganse, ciudadanos! Amigos, queridos amigos: que no sea yo quien les empuje al motín. Los que han consumado esta acción son hombres dignos. Desconozco qué secretos agravios tenían para hacer lo que hicieron. Ellos son sabios y honorables, y no dudo que les darán razones. No he venido, amigos, a excitar vuestras pasiones”.

-“Yo no soy orador como Bruto, sino, como todos saben, un hombre franco y sencillo, que quería a su amigo. Y eso lo saben muy bien los que me permitieron hablar de él en público. Porque no tengo ni talento, ni elocuencia, ni mérito, ni estilo, ni ademanes, ni el poder de la oratoria para enardecer la sangre de los hombres. Hablo llanamente y sólo digo lo que ustedes mismos saben”.

-“Les muestro las heridas del amado Julio César, pobres, pobres bocas mudas, y les pido que ellas hablen por mí. Pues si yo fuera Bruto, y Bruto Marco Antonio, ese Marco Antonio exasperaría vuestras almas y pondría una lengua en cada herida de Julio César capaz de conmover y amotinar los cimientos de Roma”.

(Los ciudadanos llaman al motín.)

-“Escúchenme, ciudadanos. Escuchen lo que tengo que decir”.

-“¿Qué ha hecho Julio César para merecer vuestro afecto? ¿No lo saben? Yo se lo diré”.

-“Han olvidado el testamento del que les hablé”.

(Reclaman que lo lea.)

-“Aquí está, con el sello de Julio César: a todos y cada uno de los ciudadanos de Roma, lega setenta y cinco dracmas. Lega, además, todos sus paseos, sus quintas particulares y sus jardines, recién plantados a este lado del Tíber. Los deja a perpetuidad a ustedes y a sus herederos, como parques públicos, para que se paseen y recreen”.

-“¡Este sí que era un Julio César! ¿Cuándo tendrán otro como él?”

En Filipos

Los que alguna vez han estado en peligro de una muerte súbita —por ejemplo, un escalador que cae por un precipicio, o un nadador que ha estado a punto de ahogarse, pero que ha sido salvado en el último momento—, en muchos casos han tenido una extraña experiencia.

Relatan que vieron en un instante su vida entera, todos los acontecimientos de su vida desde la más tierna infancia hasta ese momento de la muerte. Si eso le pasa a las personas que han estado a punto de morir, también puede pasarle a todo el mundo cuando muere de verdad: que perciba una visión de toda su vida cuando ésta se acaba.

Imaginemos el momento en que Julio César gritó:

—“¿Tú también Bruto?”

Y cubrió su rostro con la toga, desplomándose en el suelo del Senado. En ese momento tal vez vio toda su vida, todos los grandes y pequeños acontecimientos de su vida.

¿Qué habría visto?

Volvió a ver el día en que estaba frente a Sila y éste le amenazó de muerte si no se divorciaba de su esposa plebeya: el día en que recitaba poemas a los piratas y ellos se le reían; el día que hizo el pacto con Pompeyo; los espesos bosques de la Galia, los hombres de

la Décima Legión que le veneraban, el Rubicón donde estuvo sopesando lo que debía hacer, su propio triunfo, y cómo los senadores le daban todos los honores y títulos, la batalla contra Pompeyo, aquel día terrible en Egipto cuando le ensañaron la cabeza de Pompeyo, a Marco Antonio que lo estimaba pero que, sin querer, hacía lugar a los rumores contra Julio César, a su sobrino nieto Octavio, a Bruto en quien había confiado y que era uno de sus asesinos.

Fue una gran vida plagada de aventura que acabó el 15 de marzo del 44 a. de C. Era una vida que le había llevado al poder, al poder máximo, pero había pagado su precio por ella creándose enemigos, provocando que la gente le odiara.

Con la muerte de Julio César comenzó una nueva lucha por el poder.

Marco Antonio, con su gran discurso, había conmovido los corazones de los romanos que acabaron volviéndose contra los conspiradores, Bruto y Casio.

Los asesinos de Julio César tuvieron que huir de Roma y pusieron rumbo a Grecia. A pesar de haber asesinado a Julio César, que confiaba en él, Bruto no quería el poder para sí mismo. Real y sinceramente, quería restaurar la república romana.

Pero Marco Antonio, que había incitado a los romanos contra Bruto, se veía a sí mismo como sucesor de Julio César. Marco Antonio quería poder.

Pero había alguien más que se consideraba el legítimo heredero de Julio César.

Era Octavio, el pariente masculino más cercano a Julio César, su sobrino nieto. Hubo un momento en que parecía que Octavio y Marco Antonio iban a empezar una guerra civil. Pero cuando oyeron que Bruto y Casio habían reclutado un ejército en Grecia —en Grecia había siempre hombres dispuestos a rebelarse contra los romanos—, comprendieron que sería una locura declararse la guerra entre ellos, y por consiguiente hicieron un pacto para reunir sus fuerzas para derrotar a Casio y Bruto.

Y cuando lo consiguieran gobernarían en un triunvirato, tres hombres —**Lépidos***, Marco Antonio y Octavio—, compartirían el poder como socios iguales.

Los ejércitos respectivos partieron para Grecia hasta que llegaron a la vista de las tropas de Casio y Bruto.

Era el año 42 a. de C. El lugar donde los ejércitos se enfrentaron estaba cerca de una ciudad llamada **Filipos***.

La noche anterior a la batalla, a Bruto le ocurrió algo extraño. Estaba solo en su tienda, sus soldados estaban durmiendo excepto los que hacían el turno de guardia nocturna.

Todo estaba en silencio, pero Bruto no podía dormir y no era la batalla del día siguiente lo que le preocupaba.

Era un romano, y las batallas eran algo a lo que estaba acostumbrado. Pero desde la muerte de Julio César le costaba dormir.

**Marco Emilio Lépidos: Cónsul del año 78 aC, formó parte en una rebelión contra la República por lo que fue asesinado. Diccionario RAEL [n. del pr.]*

**Filipos: Ciudad de Macedonia oriental fundada por Filipo II de Macedonia. Cerca había minas de oro, especialmente las de Asyla. [n. del pr.]*

Así que sentado en su tienda a la luz de una lámpara de aceite, súbitamente sintió que no estaba solo, alzó la mirada y vio ante él una figura extraña y adusta. Preguntó:

<https://ideaswaldorf.com/tag/maestros/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/periodos/>

—“¿Quién eres?” La extraña aparición respondió:

—“Soy tu genio negativo”. Y entonces reconoció al fantasma de Julio César.

Y le gritó:

—“¿Qué quieres de mí?” Y el fantasma le contestó con una voz hueca:

—“Mañana te veré en Filipos”. Pero Bruto se rehízo y respondió:

—“Bien, entonces nos veremos mañana en Filipos”. Y el fantasma desapareció.

Bruto no era un cobarde. Fuera o no un fantasma, dirigió a sus hombres tan bien y luchó con tanto coraje que las tropas de Octavio acabaron dando media vuelta y huyendo. Pero Marco Antonio, que había luchado y había derrotado a Casio, el amigo de Bruto, pudo ir en ayuda de Octavio.

Ese fue el final de la batalla, con los soldados de Bruto huyendo, y Bruto con ellos. Casio se había suicidado en lugar de entregarse.

Durante la noche, Bruto comprendió que no podría escapar, que Marco Antonio y Octavio no descansarían hasta que lo capturaran y lo mataran por el asesinato de Julio César. Pero Bruto no permitiría que le llevaran encadenado por Roma.

Como romano era demasiado orgulloso para tener ese fin. De modo que en la noche que siguió a la batalla de Filipos, Bruto se suicidó clavándose su propia espada.

Cuando los soldados de Marco Antonio encontraron el cadáver de Bruto, el propio Marco Antonio se acercó y miró en silencio a su enemigo muerto. Y dijo:

—“Aquí yace un noble romano”. Y puso su propio manto púrpura sobre Bruto como signo de respeto por un noble enemigo. Luego Octavio, Marco Antonio y Lépido mantuvieron su pacto.

En la ciudad de Roma y en Italia gobernaban los tres por igual. Fuera de Italia, Octavio gobernaría la Galia e Hispania en occidente, Marco Antonio gobernaría el oriente, que incluía Grecia, Siria y Palestina; y Lépido gobernaría las provincias de África.

Para sellar el acuerdo y fortalecer su amistad, Marco Antonio se casó con Octavia, la hermana de Octavio.

La gente de Roma y los senadores, ya no tenían nada que decir. Marco Antonio y Octavio simplemente se dividieron el poder entre ambos a su placer. A los senadores sólo se les informó y ellos tuvieron que aceptarlo. Bruto había matado a Julio César en vano, y había perdido su propia vida en vano.

Nunca más hubo una república romana.

Continúa en <https://ideaswaldorf.com/9-marco-antonio-y-cleopatra/>

Aportación de Hermelinda Delgado